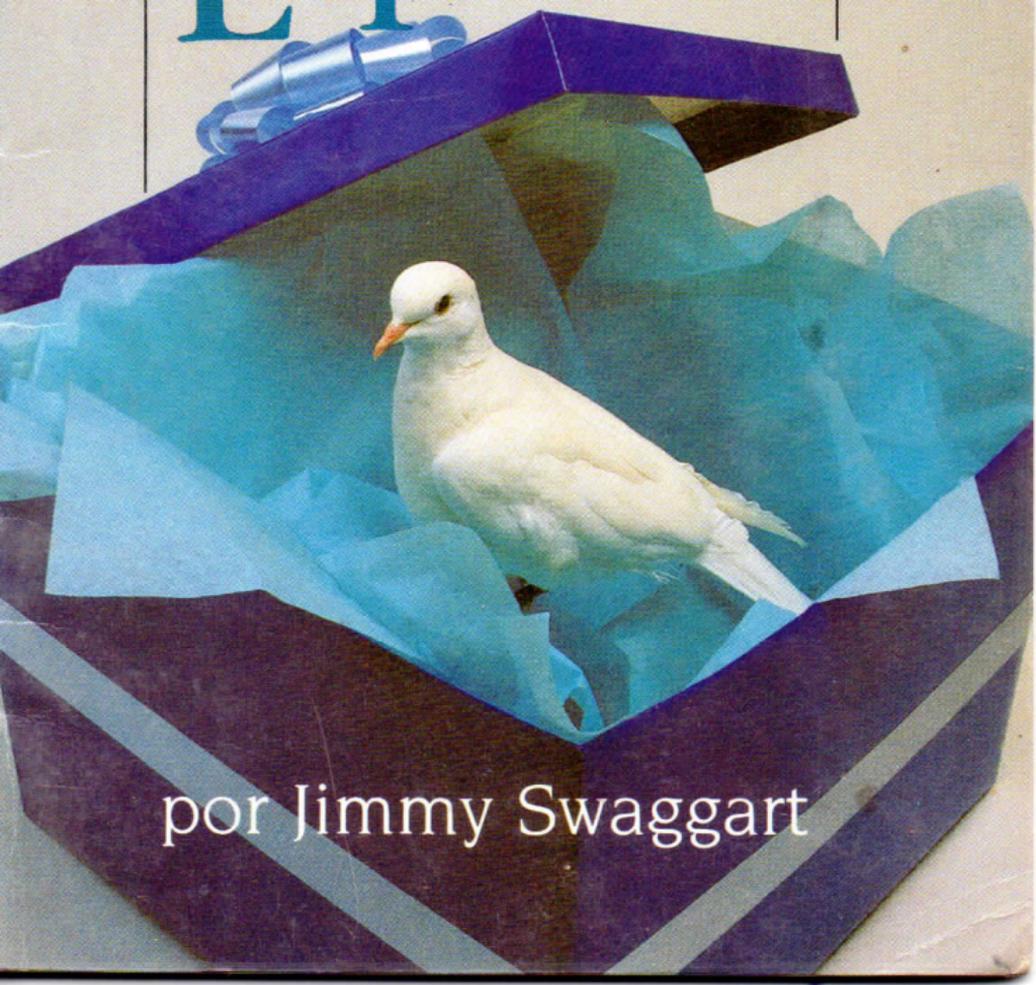


Los dones *del,* Espíritu



por Jimmy Swaggart

27

Los
dones
del,
ESPIRITU
por Jimmy Swaggart



Javier García E.

Traducción al castellano: Andy Carrodegas
Este libro se publicó inicialmente en inglés, bajo el título
de "GIFTS OF THE SPIRIT" por Jimmy Swaggart
© 1985 por Jimmy Swaggart

Edición en castellano

© 1985 por el Ministerio de Jimmy Swaggart

P.O. Box 2550, Baton Rouge, Louisiana 70821-2550

Todos los derechos reservados.

Los dones del, Espíritu

Durante varios años hemos recibido innumerables consultas respecto de ciertos aspectos concretos de “los dones del Espíritu”. En este escrito, haré un intento por estudiar de una manera sistemática cada uno de estos dones y hacer además un bosquejo de las numerosas aplicaciones específicas que todos y cada uno de ellos tienen dentro de la vida de la Iglesia, es decir, el funcionamiento del Cuerpo de Cristo.

“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales. . . Porque a éste es

dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.

“Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:1, 8-11.)

En el versículo séptimo de este mismo capítulo, Pablo dice: *“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.”* Observe el uso en particular de la palabra “provecho”. Ciertamente, *hay* provecho para el Cuerpo de Cristo cuando éste hace uso de los dones del Espíritu Santo.

Aun así, y es lamentable decirlo, la mayoría de las iglesias (denominaciones tradicionales) que existen actualmente en la cristiandad *no creen* en los dones del Espíritu.

La consecuencia de esta situación es que estas iglesias carecen de conocimiento respecto de ellos, y de esta forma no reciben las bendiciones que podrían recibir si dispusieran de estas maravillosas ayudas de Dios.

¿SON LOS DONES DEL ESPIRITU PARA HOY?

Esta pregunta podrá parecer absurda, pero es extremadamente importante, además de ser una de las mayores fuentes de división dentro de la Iglesia actual. La *respuesta* es que los dones del Espíritu le fueron dados a la Iglesia del Dios viviente, y puesto que esa *Iglesia* sigue estando aquí hoy, también lo están los dones del Espíritu.

El problema (y fuente de confusión) se halla en el hecho de que muchas denominaciones (y sus ministros, naturalmente) discuten que los dones del Espíritu *desaparecieron* muy pronto en algún momento de la historia de la Iglesia (al morir el último apóstol; cuando se recopiló la Biblia en su forma actual, etc.). El problema de esta posición es que no está *interpretando* la Palabra de Dios, sino *rechazándola*.

El pasaje de las Escrituras que usan los que han decidido rechazar los dones del Espíritu como fuerza dentro del cristianismo de estos tiempos, se halla en 1 Corintios 13, a partir del versículo octavo: "*El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en*

parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará."

Los partidarios de esta doctrina de que todas estas cosas se acabarán, estiman que las palabras "lo perfecto" se refieren a la Santa Biblia, cuando ésta fue recopilada alrededor del año 300 d.C. Después de ese momento (dicen ellos), ya no se necesitaban los dones del Espíritu. También mencionan el versículo octavo, donde habla de que se acabarán las profecías y cesarán las lenguas. Obviamente (si se deja uno llevar por este razonamiento), los dones sobrenaturales de Dios no tienen lugar en la Iglesia de hoy.

¿Llegará un momento en que las profecías se acaben y cesen las lenguas? Por supuesto: la Palabra de Dios lo dice. Sin embargo, esto no ocurrirá hasta que venga lo perfecto.

Pensemos un poco en esto. *¿Vivimos hoy en un mundo perfecto? Sí, la Palabra de Dios es perfecta, pero. . . ¿hay algo más que sea perfecto hoy (o incluso *acceptable*)?*

Al final del período de la Gran Tribulación, cuando vuelva Jesucristo y funde su Reino de justicia, ya no se necesitará más que funcionen los dones del Espíritu. *¿Por qué no los seguiremos necesitando? Porque Jesús (quien es perfecto)*

estará aquí, como Cabeza de su Iglesia, y cesará *toda* injusticia sobre la tierra.

Como declaré anteriormente, los dones del Espíritu le fueron entregados a la Iglesia del Dios viviente. Hoy en día la Iglesia los necesita con toda urgencia para vivir en un mundo lleno de injusticia. Los dones del Espíritu fueron una fuerza genuina y viva en la Iglesia primitiva, y lo siguen siendo hoy. Dicho sea de paso, en el mismo versículo octavo se menciona que acabará la ciencia, pero nunca he oído que los oponentes a los dones mencionen que se haya terminado la ciencia; sólo hablan de las profecías y de las lenguas. ¡Vaya solidez de pensamiento!

LAS TRES CLASES DE DONES ESPIRITUALES

Tres de los dones (palabra de sabiduría, palabra de ciencia y discernimiento de espíritus) forman un primer grupo al que se suele llamar “dones de revelación” (*revelan* algo). El segundo grupo (fe, dones de sanidades y el hacer milagros) lo forman aquellos que *hacen* algo. El último de los tres grupos (profecía, lenguas e interpretación de lenguas) lo forman aquellos que *dicen* algo.

LOS DONES QUE REVELAN ALGO: DONES DE REVELACION

LA PALABRA DE SABIDURIA

Lo primero que debemos tener en cuenta es que no es el don de *sabiduría*, sino el don de *palabra de sabiduría*. Existe un don de sabiduría; el que fue dado a Salomón. También se nos dice en Santiago 1:5 que oremos pidiendo sabiduría, y cuando la recibimos (como respuesta a nuestra oración), se podría llamar con todo derecho “el don de sabiduría”. No obstante, no es el don al que se refiere Pablo como uno de los nueve “dones del Espíritu”.

Es frecuente que, al hablar de una persona, alguien diga: “Tiene el don de sabiduría (o el don de ciencia).” Por supuesto, se está refiriendo a uno de los nueve dones del Espíritu. Sin embargo, no está utilizando el término correcto. (Y para que no se me acuse de escrupulosidad en esto, quiero hacer notar que el Espíritu Santo le dio a Pablo las palabras, tal como El quería que se dijeran.)

La razón por la que se usa la expresión “palabra de sabiduría”, es que nuestra mente humana no es capaz de absorber ni un décimo del uno por

ciento de la sabiduría total de Dios respecto de un asunto. Hace algunos días tuve una reunión con mi abogado para tratar un determinado problema. Le pedí su opinión acerca del asunto, y necesitó varios minutos para responder mi pregunta concreta. No intentó enseñarme todo lo que sabía acerca del tema, sino sólo los datos que se relacionaban con mi pregunta en particular. Si hubiera tratado de convertirme en un experto en la materia, habría necesitado horas (o semanas), y en realidad yo no necesitaba toda aquella información.

Así es como Dios se relaciona con nosotros. No nos revela *todo* lo que El sabe acerca de un tema. Sólo nos da los datos más importantes. De aquí la expresión “*palabra de sabiduría*”.

Comencemos ahora a examinar la palabra de sabiduría, tratando de ver primero lo que *no es*. No tiene nada que ver con el hecho de ser sabio. El don que recibió Salomón fue realmente el de sabiduría, y fue un don auténtico, pero no era la palabra de sabiduría a la que se refiere Pablo.

En segundo lugar, no se trata de un conocimiento exhaustivo respecto de un problema o tema concreto. (Alguien ha dicho que el conocimiento es información, mientras que la sabiduría consiste

en saber *qué hacer* con esa información. Esto es cierto, pero no tiene nada que ver con el don del Espíritu que estamos estudiando.)

Personalmente, me parece que la palabra de sabiduría es el más importante de los dones. Es la revelación de los propósitos divinos, y de las intenciones de Dios respecto de sucesos del futuro que podrán suceder o no (según se trate de una promesa condicional o incondicional).

La mayoría de las circunstancias que nosotros calificamos de profecías en la Palabra de Dios son en realidad palabras de sabiduría. Dios “nos deja ver algo” que va a suceder en el futuro, y *esto* es palabra de sabiduría.

He aquí unos cuantos ejemplos tomados de la Biblia: Dios le dio a Abraham varias palabras de sabiduría. Le dijo que haría de él una gran nación y lo bendeciría. También le dijo que él y Sara tendrían un hijo en su vejez. Le habló además de la destrucción que muy pronto caería sobre Sodoma y Gomorra.

Vemos en Isaías 7:14, que Dios le dice al profeta que una virgen concebiría y daría a luz un hijo. En Judas 14 dice: “*He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares.*” Se trata de palabras de sabiduría relacionadas con aconteci-

mientos futuros. La mayor parte del Apocalipsis (aunque no todo) está edificada sobre palabras de sabiduría acerca de los sucesos futuros.

Por supuesto, muchos cristianos saben que hubo profetas, y que sus mensajes eran profecías. No obstante, en realidad lo que estaban dando eran palabras de sabiduría. Para confundir más las cosas, la palabra “profecía”, tal como se usa en el Nuevo Testamento, no tiene exactamente el mismo significado que en el Antiguo. Hablaremos más de esto dentro de un momento.

¿Una palabra de sabiduría en el presente? En 1944, cuando yo tenía nueve años de edad, Dios me habló al corazón respecto de un suceso futuro que tendría una gigantesca repercusión en la historia mundial. Los científicos habían estado trabajando en la bomba atómica, pero por supuesto, el público no sabía nada de ella. Sin embargo, durante varios días de las manifestaciones que entonces se consideraron “profecías”, Dios habló a través de mis labios acerca de una gigantesca bomba que se estaba preparando, y que destruiría toda una ciudad con una sola explosión.

Claro que esto era imposible entonces, pero en 1945, cuando se lanzaron dos bombas atómicas, una en Nagasaki y otra en Hiróshima, se

cumplió esta profecía (palabra de sabiduría). Era una revelación de Dios respecto de un suceso que aún no había tenido lugar.

LA PALABRA DE CIENCIA

Comencemos igualmente por ver qué *no es* la palabra de ciencia. Como sucede con la palabra de sabiduría, no es éste el don de *ciencia*, sino el don de *palabra de ciencia*. También ahora, Dios sólo nos da una fracción de *su* ciencia o conocimiento acerca de algún tema, y de aquí que se le llame “*palabra de ciencia*”.

La palabra de ciencia revela lo que hay en la mente de Dios respecto de personas, lugares o cosas del presente (o a veces del pasado), pero nunca del futuro.)

En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, Dios le dio a Juan una palabra de ciencia respecto de ciertas iglesias. Le dijo cosas que estaban sucediendo en estas iglesias en aquellos momentos. Por la vía natural, Juan no tenía manera de enterarse de estos datos, pero el Señor se los dio, a fin de que los pudiera utilizar para la edificación de esas iglesias. (Tanto la palabra de sabiduría como la palabra de ciencia pueden venir por medio de

sueños, visiones, lenguas e interpretación, o incluso por “profecía”.)

La palabra de sabiduría y la palabra de ciencia trabajan juntas con frecuencia (como les sucede a muchos otros dones del Espíritu). Por ejemplo, en Hechos 9 se nos habla de cómo Dios tocó a Ananías y le dijo algunas cosas respecto de Pablo. Esto fue palabra de ciencia. Sin embargo, también le dijo algo más (palabra de sabiduría) acerca de que Pablo *se convertiría* en un vaso escogido que llevaría el nombre de Jesús a los gentiles. Por tanto, ambos dones estuvieron simultáneamente presentes en esta experiencia de Ananías y Pablo.

En 1 Samuel 9, Dios le da a Samuel una palabra de sabiduría respecto de Saúl, quien se convertiría en rey de Israel, y al mismo tiempo le dio palabra de ciencia respecto de las mulas perdidas.

He aquí ahora un ejemplo *personal* de palabra de ciencia que resolvió un gran problema de mi vida y ministerio. Cuando estábamos en el proceso de ampliar nuestras oficinas originales, surgió un problema que no parecía tener solución.

Todas las paredes se habían levantado y había inmensas grúas preparadas para colocar las pesadas vigas de concreto que sostendrían el techo.

Todo parecía listo, pero el ingeniero oficial de la ciudad lo mandó detener todo de pronto, porque su inspección final reveló un problema en la construcción de una pared. Este fallo en el diseño significaba que habría que derrumbar la pared terminada para volverla a levantar, con gran gasto de dinero y de tiempo.

Mientras los ingenieros estudiaban juntos el asunto, tratando de hallar alguna solución, yo comencé a orar. De pronto (aunque no tengo conocimiento alguno de ingeniería), Dios me habló al corazón: "Pónganle encima una placa de tabloncillos de madera de 2" x 10" a la pared del problema."

Me fui al ingeniero de la ciudad, y vacilante, le ofrecí esto como solución al problema.

Se me quedó mirando con la boca abierta por un buen rato. Por fin dijo: "Por supuesto, ¿por qué no se me ocurrió eso *a mí?*"

Aquel mismo día estaban las vigas del techo en su lugar.

Nunca le dije al ingeniero dónde había adquirido tan repentinamente mis habilidades en ingeniería, pero aquello fue la palabra de ciencia en operación. Si el Señor no me la hubiera dado, muchos miles de dólares del dinero suyo se habrían desperdiciado, y este ministerio habría

tenido que retrasar su marcha varias semanas.

Mencioné brevemente la naturaleza condicional o incondicional de las palabras de ciencia o de sabiduría. Examinemos esto: Dios le dijo a Jonás que iba a destruir a Nínive. . . si no se arrepentía. Se trataba de una profecía, o palabra de sabiduría *condicional*. Es decir, *si* Nínive no se arrepentía, sería destruida. En cambio, *si* se arrepentía, sería perdonada.

Por supuesto, como Nínive se arrepintió, fue perdonada. Esto es un ejemplo de palabra de sabiduría condicional, y lo mismo puede suceder cuando Dios les habla hoy a los hombres.

EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

Una vez más, comencemos por ver lo que *no* es el discernimiento de espíritus. No es el “don de discernimiento”, sino *el discernimiento de espíritus*. No obstante, creo que cuando una persona recibe la salvación, su poder normal de discernimiento es aumentado y ampliado, debido a una mayor activación de su conciencia de lo espiritual. Es normal que así suceda, y *existe* eso que recibe el nombre de “discernimiento”, pero *no es* el discernimiento de espíritus que se incluye entre

los dones del Espíritu que describe Pablo.

En segundo lugar, no es solamente el discernimiento de *malos* espíritus. Es un discernimiento de los espíritus que caben dentro de tres categorías. En primer lugar, puede comprender el discernimiento de los espíritus *celestiales* (que son de Dios), como los ángeles, el Señor mismo, o el Espíritu Santo. Además, *también* es discernimiento de los espíritus malignos, y finalmente, es el discernimiento de los espíritus *humanos*.

En el capítulo primero de Ezequiel, se habla de que éste tuvo una visión donde vio querubines. Dice (en el versículo quinto): “*Y en medio de ella la figura de cuatro seres vivientes.*” Ezequiel vio todo esto, y pudo discernir que estos seres eran angélicos y venían de Dios.

En Hechos 16, Pablo era seguido por una joven que estaba poseída por un espíritu de adivinación. Esta lo seguía mientras gritaba: “*Estos hombres son siervos del Dios Altísimo.*”

El versículo 18 dice que Pablo se volvió hacia ella y le dijo al espíritu: “*Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella.*” Tuvo discernimiento de los espíritus malignos que poseían a la joven. Por supuesto, hay muchos ejemplos más de este don dentro de la Palabra de Dios.

Hace años, Frances y yo estábamos dirigiendo una campaña de avivamiento. Yo estaba comenzando el trabajo evangelístico y éramos muy jóvenes. Apareció cierto ministro y se le invitó a predicar. Tanto Frances como yo sentimos que había en este hombre algo que no estaba bien. Mientras la mayoría de los presentes lo aceptaron sin reservas, nosotros sentimos en nuestro espíritu que había algo que no funcionaba.

Muchos habrán oído la expresión “su espíritu no daba testimonio al mío”. Eso es exactamente lo que pasó allí. En realidad, cuando esto sucede, es que el don de discernimiento de espíritus está en operación.

Aquel hombre *no* andaba bien; en realidad, no era honrado. Engañó a muchos de los ministros que estaban presentes, y según recuerdo, terminó en la cárcel.

En aquellos momentos, Dios no me dio una palabra de ciencia; sólo me habló al corazón y me reveló que el espíritu de ese hombre no era lo que él estaba aparentando en su exterior. Fue una cuestión de discernimiento de espíritus. Recuerde lo dicho anteriormente. Los tres dones —palabra de sabiduría, palabra de ciencia y discernimiento de espíritus— son los vehículos que Dios usa para

revelarnos a su Iglesia y a su pueblo lo que necesitamos saber para operar en este mundo imperfecto.

Creo que también es bueno que observemos que Dios no usa esferas de cristal, astrología, horóscopos, cartas, ni nada parecido. Todas estas cosas son del diablo. El único conocimiento del futuro, o revelación del mundo espiritual que los *cristianos* debemos desear, está a nuestra disposición de forma gratuita, cuando seguimos a Dios y buscamos los dones del Espíritu: las palabras de sabiduría y de ciencia y el discernimiento de espíritus.

LOS DONES QUE HACEN ALGO: LOS DONES DE PODER

EL DON DE FE

Los tres dones que vamos a estudiar ahora; es decir, el don de fe, el hacer milagros y los dones de sanidades, a veces han recibido el nombre de dones de *poder*, o dones que *hacen* algo.

Por supuesto, se podría hacer una pregunta: “¿Cuál de estos tres dones es el más importante?” Personalmente, me parece que es el de fe, pero los

tres son inmensamente importantes por derecho propio. En realidad, es necesario tener el don de fe antes de que puedan tener lugar el hacer milagros y los dones de sanidades. Creo que es por esto por lo que me parece que el don de fe es el más importante de los tres.

Una vez más, veamos lo que el don de fe *no* es.

Todo cristiano tiene fe, pero no todo cristiano tiene el *don* de fe. Algunos cristianos tienen fe de manera continua, pero ninguno tiene continuamente el *don* de fe.

Todo cristiano manifiesta fe. Algunos tienen una fe débil; otros tienen una fe fuerte, y hay quienes tienen *gran* fe, pero aun esto no es el don de fe.

En Romanos 10:17 se nos dice que la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. *Esta es la fe que se consigue al oír la Palabra de Dios, pero no es el don de fe.* Hay quienes la llaman “fe salvadora”, y en realidad, nunca deja de trabajar en la vida de un cristiano.

Romanos 12:3 revela que Dios le ha dado a cada hombre una *medida* de fe. Aquí está hablando para cristianos, y nos está diciendo que, desde el momento en que somos salvos, recibimos esta medida de fe; pero no se trata del *don* de fe. Es

la fe (Romanos 12:3) que Dios le da a cada cristiano para ayudarlo a comprender las cosas divinas.

(En Gálatas 5:22) se nos habla del *fruto* del Espíritu que es fe. Sin embargo, una vez más, no se trata del *don* de fe (Este aspecto concreto de la fe significa realmente *fidelidad*: es una fe continua.) (Este es el tipo de fe que *crece*) (En cambio, los dones del Espíritu no crecen.) (Se los puede *cultivar* después de recibirlos, pero se nos dan totalmente formados, y sin mérito ninguno de nuestra parte.)

(El don de fe es una fe especial que Dios le da a una persona para satisfacer una necesidad concreta de ella, o para lograr un determinado resultado que El quiere lograr en ese momento.) Todo el capítulo once de Hebreos está lleno de personas que tuvieron el don de fe. Es más que la fe en general; más que el fruto del Espíritu, más que la medida de fe. Es el poderoso *don* de fe con el cual fueron ungidos para que se pudieran enfrentar con sus grandes pruebas. (Quizá la mejor manera de explicarlo sea describiéndolo como un súbito *brote* de fe respecto de una determinada situación.) Todo cristiano que lo haya experimentado, sabrá con exactitud de qué estoy hablando. (Fue esta fe especial la que le permitió a Abraham llevar a su

hijo Isaac al lugar del sacrificio.)

Cuando yo tenía ocho años, un evangelista ministró en nuestra iglesita de Ferriday, Luisiana. Recuerdo que lo observaba noche tras noche, mientras tocaba el piano. Al observarlo, sentía que el Espíritu de Dios estaba en su vida, y recuerdo haberle pedido a Dios que me diera *a mí* el talento necesario para tocar el piano.

Tenía sólo ocho años, y no sabía mucho acerca de la oración, pero sí sabía lo que era creer a Dios. Cuando le pedí el don al Señor aquella noche, El me lo dio allí mismo, y al instante. *Supe* en aquel mismo momento que podría tocar el piano.

Por supuesto, habrá quien dirá: “Bueno, usted sólo era un niño. ¿Qué iba a saber un niño de los dones del Espíritu? Eso es lo más hermoso de todo. Nosotros no *tenemos* que ser expertos en este tema; todo lo que necesitamos es creer a Dios.

Estoy convencido de que muchas personas tienen diversos dones del Espíritu en acción en su vida, y ni siquiera *se dan cuenta*. No los reconocen como tales. No han recibido enseñanza sobre este tema, y nunca lo han pensado mucho. Ahora bien, en realidad el don trabaja, tanto si lo reconocen, como si no. Naturalmente, podemos esperar que los dones trabajen con una eficacia tanto

mayor, cuanto más grande sea nuestra comprensión de ellos. Sin duda, éste es el motivo por el que Pablo nos advierte que no debemos ser ignorantes respecto de los dones del Espíritu.

No obstante, no es algo imprescindible que reconozcamos estos dones a medida que aparecen, porque *son* regalos dados a todo creyente que los necesite y esté dispuesto a incluirlos en su vida.

Yo pude evidenciar el don de fe con mi petición de talento para tocar el piano. Cuando Dios me dijo que fuera a la radio, me dio el don de fe para creer en El respecto de los gigantescos resultados que se obtendrían. Cuando fuimos a la televisión, estaba operando el don de fe. Sin él, habría sido imposible hacer lo que hicimos.

Esto es cierto también en el caso del Colegio Bíblico. Fue una fe especial (un *brote* de fe) centrada en una meta concreta y en un momento determinado. (Y espero que, cuando usted lea esto, reconozca incidentes similares en su propia vida.)

El don de fe es una fe especial relacionada con una obra, una necesidad o una crisis especial. Dios les da esa fe a sus hijos para comunicarles la firmeza y el valor especiales que necesitan, a fin

de *realizar* lo que sea necesario *realizar*.

EL HACER MILAGROS

Veamos ahora también lo que *no es*. Hoy en día se menciona constantemente la palabra “milagro”. Oímos hablar de telas milagrosas, medicinas milagrosas y detergentes milagrosos. ¿Son milagros? Por supuesto que no. Son productos cuyos resultados son excepcionales, pero no son milagros en ningún sentido.

Los predicadores hasta usamos la expresión “el milagro del nuevo nacimiento”, y me imagino que somos tan culpables de exageración, como los escritores de publicidad de Madison Avenue. Aunque con frecuencia el nuevo nacimiento les *parezca* un milagro a quienes lo experimentan, es un fenómeno tan normal en el ámbito espiritual, como el nacimiento de un niño lo es en el natural.

Entonces, ¿qué es “el hacer milagros” del que habla Pablo? Un milagro es una situación en la cual una ley natural, o un resultado predecible, son suspendidos por Dios, y se produce un resultado totalmente impredecible e inexplicable. En griego, la palabra primitiva significa sencillamente “una explosión de gran poder”.

Creemos que Dios es un Dios que hace milagros, así que pongamos algunos ejemplos. Por supuesto, la Biblia está realmente *llena* de milagros, así que sólo mencionaremos unos pocos. En 2 Reyes 4, se habla de que Eliseo levantó a un muchacho de la muerte, y por supuesto, esto fue un milagro. La ley de la muerte fue vencida por la ley de la vida.

En ese mismo capítulo se habla de la multiplicación del aceite de la viuda. Es evidente que se trata de otro milagro.

En el capítulo sexto del mismo libro se habla del hacha que flotó. En esta ocasión, fue suspendida la ley de gravedad, ya que el hierro flotó en el agua. Es otro milagro. Tanto Elías como Eliseo realizaron muchos milagros, así como muchos profetas más del Antiguo Testamento.

En la vida del Señor Jesucristo (presentada por los cuatro evangelios), todo su ministerio fue una larga serie de milagros. Debemos darnos cuenta además, de que no realizó estos milagros como Dios, sino como hombre ungido por el Espíritu Santo. Leemos que Dios ungió a Jesús de Nazaret, quien fue por todas partes sanando a cuantos estaban enfermos y oprimidos (Hechos 10:38). Por supuesto, como Dios, Jesús no habría

necesitado una unción para hacer milagros.

En Hechos 16 se habla del terremoto que sacudió a Filipos, durante el cual se estremecieron los cimientos de la prisión, se abrieron las puertas y se soltaron las ataduras de todos. Es claro que se trataba de un milagro. El terremoto en sí no era milagro, y hasta se podría esperar que las puertas cerradas con llave “salten” durante un suceso así. Sin embargo, el hecho de que se soltaran todas las ataduras hace que esto pase al ámbito de un verdadero milagro.

Lamentablemente, se ha abusado tanto de la palabra “milagro” hoy en día, que ha perdido buena parte de su honorabilidad, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella. Un verdadero milagro *debe* comprender la suspensión de las leyes naturales, o la suspensión de las leyes de la probabilidad. El que esto no suceda así, reduce a los incidentes desde la categoría de milagros a la de asombrosas respuestas a la oración. A pesar de que algunos ministros usen tanto la palabra “milagro”, estamos viendo muchos menos milagros *verdaderos* de los que se podría pensar.

¿Hace Dios milagros en el día de hoy? Por supuesto que sí, pero sé que no son tan *abundantes* como a veces se nos pide que creamos. Sin

embargo, esto no reduce en manera alguna la maravilla de un verdadero milagro de Dios. Francamente, hay un buen número de incidentes sucedidos en este ministerio, que se podrían *describir* como milagros. Recuerdo un incidente que tuvo lugar en la Florida, cuando estábamos predicando en un estadio de Winter Haven. El pronóstico del tiempo avisaba que habría tormentas eléctricas esa noche, y así fue. Recuerdo también que llegó la policía a la plataforma para advertirnos que se acercaban inmensas y violentas tormentas eléctricas. Les pedimos a los que estaban presentes que oraran para que la lluvia se moviera *alrededor* de nosotros, y no *sobre* nosotros; así podríamos terminar el culto.

Exactamente eso fue lo que pasó, pero nadie puede decir que fuera un milagro legítimo. Sin lugar a dudas, fue una respuesta concreta y asombrosa a la oración, pero en su sentido más estricto, *no* era un milagro.

En Detroit, en una de nuestras cruzadas en el Tabernáculo Brightmoor hace años, una niña pidió oración. Dijo estar ciega de un ojo. Oré por ella, y en cuestión de momentos se abrió su ojo. La vi unos diez años después, y me dijo que seguía viendo con claridad. ¿Fue un milagro?

Quisiera creer que lo fue, pero al mismo tiempo no siento que Dios reciba gloria alguna cuando le atribuimos cosas que en realidad El no ha hecho. En consecuencia, he tratado de ser muy cauto en todas mis declaraciones relacionadas con Dios y los milagros. (Aunque ciertamente creo que El abrió los ojos de la niña, y eso es un milagro.)

LOS DONES DE SANIDADES

En primer lugar, quiero que note que, tanto en la versión Reina-Valera, como en el original griego, ambas palabras están en plural: *dones de sanidades*.

Veamos ahora qué es lo que no son. No se refiere a los “curanderos” o “sanadores divinos”. Los curanderos no son de Dios. Existe la sanidad divina, pero no existen los *sanadores* divinos. Estos son individuos que (la mayoría de las veces) tratan de sanar usando los poderes del diablo. Hay quienes oran por los enfermos y ponen su fe en que Dios los sanará, pero no son curanderos, ni se *dan el nombre* de “sanadores divinos”. Dios es el único sanador divino.

Los dones de sanidades tampoco tienen nada que ver con la ciencia médica. Esta es maravi-

llosa, y la mayor parte de los médicos realizan una labor excelente. Le damos gracias a Dios por los médicos, por la profesión médica y por las enfermeras, que trabajan para aliviar el sufrimiento de la humanidad. No obstante, al mismo tiempo, y por maravilloso que esto sea, no tiene nada que ver con la sanidad divina o con los dones de sanidades.

Los dones de sanidades consisten sencillamente en que Dios usa a las personas para que oren por una enfermedad en particular, con el resultado de que esa enfermedad desaparece. Algunas veces la sanidad viene de inmediato; otras, aparece gradualmente, pero Dios es quien realiza la obra. Las personas usadas así, ven muchas sanidades más de las que ven la mayoría.

Sin embargo, debo observar que nadie necesita tener los dones de sanidades para ver que los enfermos sean sanados. Dios puede sanar de muchas y muy variadas formas. En la epístola de Santiago se nos dice que los ancianos de la iglesia deben ungir al enfermo con aceite, y éste será sanado. También se nos dice que la oración de fe sanará al enfermo. Son muchas las formas en que una persona puede experimentar una sanidad procedente del Señor, sin que ésta esté relacionada

con los dones de sanidades. Estos son dados con unos propósitos específicos, y examinaremos esto con algún detalle.

En primer lugar, ¿por qué puso el Espíritu Santo las palabras “dones” y “sanidades” en plural? Creo que se debe a que Dios distribuye este don de diferentes formas según las distintas personas. En otras palabras, ciertas personas tendrán más fe para creer que Dios obrará en una enfermedad determinada, que si se tratara de otras enfermedades.

Conozco a un ministro (por quien tengo gran respeto), que tiene una inmensa fe en cuanto a creer que Dios sana la sordera. No ha tenido gran éxito en otros aspectos; por lo menos, no ha tenido tanto como en éste en particular. De no ser esto así, creo que las palabras “dones de sanidades” habrían estado en singular, y se habría tratado de una aplicación indiscriminada a *todas* las enfermedades.

Creo que una de las razones por las que no están en singular, es que la posibilidad de ver sanadas todas y cada una de las enfermedades, haría que una persona se llegara a sentir tan poderosa como Dios. Nadie ha tenido jamás ese tipo de poder, ni lo tendrá tampoco. En cambio, cuando se

especifica en plural, lo convierte en asunto de personas y enfermedades concretas.

Además, notemos que cuando están en operación los dones de sanidades, vemos con frecuencia que se sana gente que no es salva. Esto es algo sorprendente, pero sucede.

En Hechos 5 se nos habla de que ponían a los enfermos en las calles, para que pasara sobre ellos la sombra de Pedro. Habla también de que muchos eran sanados, y de que los espíritus impuros eran echados fuera.

Eran los dones de sanidades en operación, y esto sucedió en los tiempos bíblicos y está sucediendo hoy.

LOS DONES QUE DICEN ALGO: LOS DONES VOCALES

EL DON DE PROFECIA

Veamos primero lo que *no* es.

Tal parecería que el don de profecía es uno de los dones de revelación, pero en realidad *no* lo es. Los dones de revelación, mencionados anteriormente, son la palabra de sabiduría, la palabra de ciencia y el discernimiento de espíritus.

Tampoco la predicación del Evangelio es profecía. La mayoría de las iglesias tradicionales (al mismo tiempo que rechazan los dones del Espíritu en *general*), proclaman que la predicación del Evangelio es profecía. No lo es.

Podrá haber momentos durante el mensaje, en que un ministro del Evangelio diga algo que es profético, para edificar, exhortar y consolar; pero el *arte de predicar* no es profecía.

En tercer lugar, el don de profecía no es lo que demostraron tener los profetas del Antiguo Testamento. Ellos *eran* profetas, y *ciertamente* profetizaron. Sin embargo, en realidad esto se podría calificar mejor (bajo el pacto del Nuevo Testamento) como “palabra de sabiduría”.

Quedaría incluido dentro del término general de “predicción”. Los profetas de la antigüedad predecían los acontecimientos. Los profetas de hoy (que ciertamente existen) aún lo hacen. En cambio, cuando está en operación el don de profecía, se trata de una expresión, y significa sencillamente que se expresa algo, que en este caso es edificación, exhortación y consolación.

Entonces, qué *es*? El don de profecía es un mensaje que Dios decide dar a alguno de sus hijos, y lo da en un lenguaje fácil de comprender

para todos los presentes. No exige interpretación ni traducción. Está expresado en la terminología familiar a la persona interesada. Es algo que Dios quiere decir, algo que quiere que sea proclamado. Cuando se hace esto, “*habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación*” (1 Corintios 14:3).

Cuando una persona lanza juicio sobre una congregación, un pueblo o una nación, podrá estar dando exactamente lo que Dios quiere, pero no se trata del don de profecía. Podrá ser una palabra de sabiduría, o quizá sea solamente algo sacado de la mente de esa persona. En cambio, el don de profecía siempre edifica, siempre exhorta y siempre consuela. Si no hace estas cosas, no se trata del don de profecía.

La profecía de una persona debe ser juzgada, tanto si es dada cuando está sola, como si es dada cuando está en una congregación. Dicho en otras palabras, si Dios le da a alguien una profecía mientras está solo —lo cual ocurre muy raras veces—, la persona debe someter esa profecía a otras para que la juzguen. También, si es dada en una congregación, debe ser juzgada (1 Corintios 14:29).

Por último, Dios nunca usa la profecía para

guiar la vida de las personas. Podrá usar el don de profecía para *confirmar* lo que ya le ha dicho a alguien, pero nunca para guiar a la gente. La guía divina nos llega por medio de la Palabra, y por el poder del Espíritu Santo (Juan 16:12-14).

Hace años, me hallaba en la ciudad de Kansas y llegó un hermano a hablarme. Me dijo que él y su familia se acababan de mudar a la ciudad, y lo habían hecho porque una persona le había profetizado y le había dicho que debía mudarse a Kansas. Dejó un buen trabajo y estaba esperando recibir algún gran beneficio del Señor al llegar a esta ciudad, pero al parecer todo había sido en vano. Le pregunté si el Señor le había dicho directamente a él que fuera a la ciudad de Kansas. Me respondió que no. Lo había hecho basado únicamente en la profecía de una tercera persona.

En primer lugar, Dios no le dio profecía alguna a aquella persona, porque El no envía profecías por medio de terceras personas. Esta es una práctica de la que se ha abusado mucho dentro de la Iglesia; son individuos que tratan de usar lo que ellos *creen* que es profecía, para dirigir y controlar la vida de los demás. Tal como lo dije anteriormente, Dios usa la profecía para *confirmar* lo que ya le ha dicho directamente a la persona,

pero no como la *fuentes* principal de guía y orientación. El don de profecía siempre debe proporcionar edificación, exhortación y consolación; no dirección. (“Edificar” quiere decir construir, levantar; “exhortar” quiere decir dar ánimo; “consolar” quiere decir dar fortaleza y esperanza.)

EL DON DE LENGUAS O DIVERSOS GENEROS DE LENGUAS

De nuevo, veamos lo que no es.

No se trata de lenguajes que las personas han aprendido en su niñez, o en escuelas de idiomas o universidades.

No es un balbuceo, una jerga o un parloteo incoherente.

Definitivamente, el don de lenguas (o diversos géneros de lenguas) es un idioma conocido en algún lugar del mundo, pero desconocido para el que lo habla. Se manifiesta en una asamblea donde el lenguaje es desconocido para el que lo habla y para la mayor parte al menos de los que escuchan. Está destinado a recibir interpretación por parte del que habla o por parte de alguna otra persona en la asamblea, y lleva la intención de que

Dios pueda proclamar un determinado mensaje a su pueblo. El don de lenguas y la interpretación de lenguas juntos equivalen al don de profecía en sus resultados finales.

En 1 Corintios 12:30 dice: “¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?” Esto se está refiriendo solamente a los dones del Espíritu. No; no todos tienen los dones de sanidades. Tampoco todos los miembros hacen milagros. Igualmente, no todos tienen el don de lenguas ni todos interpretan. Algunos sí, pero no todos.

Creo que este don es el que peor entienden los creyentes. Permítame afirmar algo.

Usted puede hablar en lenguas todos los días de su vida, y no tener el *don* de lenguas. Por supuesto, todo lo que recibimos de Dios es un don, y es perfectamente correcto llamarlo así, pero no tiene por qué ser obligatoriamente uno de los nueve dones del Espíritu.

Una persona puede *orar* en lenguas constantemente (como hacemos numerosos cristianos llenos del Espíritu), pero esto no es el don de lenguas. Es un don, pero no es el don del que estamos hablando aquí. El don de lenguas es una manifestación que es dada por un cristiano lleno

del Espíritu en una reunión de oración, una asamblea local, un culto de la iglesia o algo similar. Esta manifestación es dada con la intención expresa de que Dios le comunique un mensaje a su pueblo. Debe ser interpretada. Si *no* hay interpretación, esa persona debe sentarse y no decir nada más (1 Corintios 14:28).

Si no hay quien interprete en la iglesia, esta persona debe guardar silencio en cuanto a estas manifestaciones. Es perfectamente correcto que ore silenciosamente en lenguas y que adore silenciosamente al Señor en lenguas, pero no tendría sentido alguno que lanzara una manifestación vocal cuando no hay presente nadie que interprete. Creo que esto es perfectamente lógico. En un caso así (tal como se nos dice), debe hablar para sí y para Dios.

Además, la persona que tiene el don de lenguas puede controlar el uso de este don cuando siente que el Señor se mueve sobre ella. Puede posponerlo hasta el momento oportuno, o expresarlo de inmediato. *Nunca* está obligada a expresarlo sea cual fuere el momento, sencillamente porque se nos dice en el versículo 32 que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas. Esto significa que Dios nunca nos *obliga* a dar

un mensaje o manifestación. Cada vez que se haga así, esto no es de Dios, porque la Biblia nos dice específicamente que Dios no es el autor de la confusión, sino de la paz (versículo 33).

Hay ciertos momentos en que no se deben dar estas manifestaciones. Pablo los presenta en 1 Corintios 14. Cuando es el momento de que el predicador o maestro se ponga de pie y le presente la verdad al público, entonces la persona (si siente que Dios quiere que diga algo) debe esperar hasta que haya terminado el orador, o al menos hasta que llegue un momento oportuno.

Pablo afirmó que él hablaba en lenguas más que ningún otro. En cambio, cuando llegaba el momento de presentarle la verdad al público, carecía de sentido comenzar a hablar en lenguas que nadie comprendería.

Las Escrituras nos dicen que las lenguas no son señal para los que creen, sino para los que *no* creen.

El creyente no necesita una señal; es el no creyente el que la necesita. Las lenguas son señal de que Dios se mueve; de que el Espíritu de Dios está operando; de que la persona está llena del Espíritu; todo esto, como señal para los no creyentes. A través de esto, la persona no salva puede ver

la manifestación de lo sobrenatural y acercarse a Dios.

LA INTERPRETACION DE LENGUAS

Por última vez, vemos lo que *no* es. La interpretación de lenguas no es una *traducción* de idiomas. Es una *interpretación*, y estas dos cosas son totalmente distintas. La traducción se hace palabra por palabra. La interpretación es afectada por la personalidad, estudios y capacidad de quien la da.

Para decirlo de otra manera, dos personas podrían dar dos interpretaciones completamente diferentes, con palabras totalmente distintas, una de ellas más corta o más larga que la otra, mientras que el sentido y el significado seguirían siendo los mismos.

Por tanto, la interpretación de lenguas presenta el *sentido* de las lenguas que se han manifestado en una congregación. A través de este don del Espíritu llegamos a comprender lo que contiene el mensaje en realidad.

En otras palabras, si una persona se pone en pie y se manifiesta en lenguas, será en un lenguaje que nadie entenderá, ni siquiera el que habla.

Entonces, aquél a quien Dios le ha dado la interpretación, se pondría en pie e *interpretaría* —en el lenguaje corriente— el significado del mensaje de Dios.

Cuando se unen los diversos géneros de lenguas con la interpretación de lenguas, equivalen al don de profecía. Por esta razón, entre otras, es por lo que se nos dice en 1 Corintios 14:13 que si tenemos el don de lenguas, también debemos orar para que se nos dé la interpretación.

El apóstol Pablo enseñó más respecto del don de lenguas e interpretación, y de la profecía, que de todos los demás dones combinados.

PARA TERMINAR

Pablo nos dice en 1 Corintios 12:1 que no quiere que estemos ignorantes respecto de los dones espirituales. En el versículo 31 del mismo capítulo nos indica que debemos procurar los dones mejores. Después de esto dice: "*Mas yo os muestro un camino aun más excelente.*" Lo que está diciendo es que los dones siempre deben estar sostenidos por el amor. Si el amor no está presente, los dones carecerán de valor por completo.

El capítulo 14 de 1 Corintios comienza con

esta declaración: "*Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticeis.*" Esta declaración significa que el don de profecía es más valioso que el don de lenguas, pero que cuando los dones de lenguas e interpretación se combinan, son profecía.

Finalmente, pensemos en esto:

"Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve" (1 Corintios 13:1-3). ②